

# ENTRAMOS EN UNA ETAPA DE GRAN TRASCENDENCIA

POR ANTONIO MIRALLES MANRESA



La cuestión social proviene no de lo que se posee sino de lo que se envidia. ¿Qué duda cabe de que el obrero actual más mísero goza de comodidades superiores al burgués de hace cien años! No obstante, el obrero de entonces provocaba menos conflictos que el obrero del presente. ¿Por qué? Aparte de que en el pasado se admitía como una ley natural la existencia de castas, mientras que ahora se acepta, por lo común, el principio norteamericano de la igualdad de oportunidades, la razón está en que la gran profusión de medios informativos posibilita, en tono mayor, la tarea de comparar. La comparación es un mal sistema para mantener la paz y la fraternidad entre los hombres. La comparación es el camino ancho que recorre la envidia.

La teoría de los vasos comunicantes tiene aplicaciones en otros campos ajenos a la Física. Si en uno de los vasos el nivel de agua sube, es porque baja en el otro. Para que unos rían, es menester que otros lloren. Tardará el hombre a ser un ente justo, un ente puro, libre del barro de la bestia.

Y mientras no llegue el momento, la paz social se consigue adulando al fuerte en detrimento del débil. Fuerte puede serlo el que posee las llaves de la despensa... El fuerte se está quieto cuando goza de mayores privilegios que el débil, y lo constata mediante una continuada comparación. Lo malo adviene cuando el débil también compara y se reserva para el momento de la revancha.

Uno de los sistemas actuales de gobierno consiste en apoyarse en el fuerte, sea quien sea. Otro sistema consiste en acaparar la fuerza, gobernando desde la fortaleza, en posesión de todos los resortes.

Salvo circunstancias económicas caóticas en las que la única ley imperante ha sido la de la oferta y demanda, el censo laboral ciudadano, que usufructúa la fuerza de la masa, ha sido colocado en el tubo más alto de los desequilibrados vasos comunicantes. En el otro tubo, el censo laboral agrícola. Para que unos rían es preciso que otros lloren. Cuando el ciudadano se ha creído injustamente tratado y el aldeano no tiene ni energías para respirar, se produce una etapa de éxodo.

Sólo los poetas y los filósofos disfrutan la vida del campo. Para los demás la aldea es aburrida, es pesada, es angustiosa, es trágica. La vida del labrador es dura y poco recompensada. Quizá también ha llegado el momento en que los términos del conflicto social, tal como los plantea el marxismo, están superados. La lucha de clases no se manifiesta en la antinomia trabajo-capital. Se ha superado este antagonismo, se ha ensombrecido, queda pálido al lado de otra antítesis, de otra contradicción más clara. Y ésta es la de ciudad-aldea. La de hombre de ciudad-campesino.

Las condiciones de vida entre uno y otro grupo son muy dispares. En la ciudad abundan los espectáculos, existe una dinámica legislación social, se trabaja en con-

diciones humanitarias y las posibilidades de cultura son inmensas. Existe la base para una igualdad de oportunidades.

En la aldea, apenas cese los domingos, sudor, suciedad, heladas o sol implacable, un trabajo agotador, cosechas mal pagadas o tasas imprevistas. Por mucho que haya aumentado el precio de las mercancías del campo, mucho más han subido los productos que provienen de la ciudad.

La aldea se va despoblando. La aldea maldita se va volcando en la ciudad, creando estas agrupaciones mastodónticas que no pueden traernos nada bueno. El aldeano que se cree con ligerísimas alas, vuela. Se marcha y no vuelve más que a temporadas, para demostrar a los que quedan lo bien que le va. Nadie deserta de la ciudad para ayudar a cultivar la tierra. Muchas casas están cerradas en la aldea y muchas masías se van derrumbando recordando sus muros tiempos pasados optimistas o llenos de conformación que difícilmente volverán.

El campo languidece. El aldeano está al servicio del hombre de la ciudad. Ignorante, rudo, zafio, puro músculo agarrado al mango de la azada, trabaja, trabaja y trabaja y no sabe si puede hacer nada más. Sus hijos, cuando van "a soldado", conocen el mundo de la ciudad que ellos creían cosa de cine y, si pueden, no vuelven a la aldea.

...La cuestión social proviene, no de lo que se posee, sino de lo que se envidia. El aldeano ha aprendido a envidiar, ha sabido prescindir del sentimentalismo que le ataba a pasadas generaciones y está mudando de piel. La ciudad crece, los vasos comunicantes se están poniendo a nivel. Entramos en una etapa de gran trascendencia.

RELOJERIA  
JOYERIA

ROURA

CALLE SAN ANTONIO  
ESQUINA VERDAGUER

TEL. 356

**San Feliu de Guixols**